ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA.

# EL HALCONERO.

## DRAMA EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. Joaquin García Parreño.

ESTRENADO

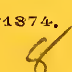
CON ÉXITO EXTRAORDINARIO EN EL TEATRO ROMEA DE BARCELONA,

EL 30 DE NOVIEMBRE DE 1874.

en el beneficio de la primera actriz D.ª Virginia Perez.



MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1874.





# EL HALCONERO.

# EL HALCONERO.

## DRAMA EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. Joaquin García Parreño.

ESTRENADO

CON ÉXITO EXTRAORDINARIO EN EL TEATRO ROMEA DE BARCELONA,

EL 30 DE NOVIEMBRE DE 1874.

en el beneficio de la primera actriz D.ª Virginia Perez.



BARCELONA.

IMPRENTA DE L. OBRADORS Y P. SULÉ,

RAMBLA DE SANTA MÓNICA, 19, BAJOS.

1874.

# REPARTO.

| PERSONAJES. | ACTORES. |
|---|---|
| LA PRINCESA ADELASSIA . . . | Sra. Doña Virginia Perez. |
| CATALINA. . . . . . . . . | » Catalina Mirambell |
| UN PAGE. . . . . . . . . | » Francisca Sagristá. |
| ALERANO. . . . . . . . . . | Sr. D. Joaquin García Parreño |
| EL EMPERADOR OTHON I . . . | » Andrés Cazurro. |
| ARNOLDO. . . . . . . . | » Ramon Valls. |
| ILDOVALDO.. . . . . . . . | » José Graélls. |
| UBALDO. . . . . . . . | » José García. |
| ESCUDERO. . . . . . . | » Buenaventura Serra. |

NOBLES, CAPITANES, PAGES, GUARDIA DEL EMPERADOR, ETC.



# PRÓLOGO.

## Personajes del Prólogo.

| | |
|---|---|
| ADELASSIA. | ARNOLDO. |
| OTHON I. | VALAFRINO, PAGE. |
| ALERANO. | UBALDO. |

**En el prólogo la escena pasa en un Castillo imperial de Sajonia, año 965.**

**Habitacion de la princesa Adelassia, mueblaje de la época, mesa, un libro, etc.**

### ESCENA PRIMERA.

VALAFRINO aparece y ADELASSIA sale por la primera puerta izquierda.

ADE Cesa, oh, cesa, mi buen Valafrino: más que de costumbre vibran hoy tristes las cuerdas de tu laud, y, al oirlas, mi corazon, cual nunca, se siente comprimido. (*A Valafrino, que al empezar la escena deja oir los últimos acordes de su laud.*)

VAL. Callen estas cuerdas para siempre sus sonidos, ántes que vuelvan á vibrar ni una sola nota que el ceño ofusque de mi real princesa. Mas, ¿por qué así triste? Vos, el astro más bello de la Germania, la ambicionada prenda de los monarcas, el suspiro de toda alma enamorada! Ya de todas partes á los torneos y á las justas de esta corte imperial afluye la

flor de los más apuestos caballeros, ostentando cada cuál sobre su cota, de vuestra casa los colores. Vuestro padre cree haceros feliz con tal enlace, y en medio del gozo comun por tal suceso, una triste palidez vuestras mejillas tiñe. ¿Por qué señora?

ADE. No lo sé, no sé de donde nace la inusitada tristeza que me oprime el pecho; quiero distraerla Valafrino. En aquel libro encontrarás la historia de algun ilustre amor: lee, te escucho. (*Señalando un libro que hay sobre la mesa. Valafrino se sienta á los piés de Adelassia.*)

VAL. (*Abre y lee.*) Isabel, la hija del conde de Maguncia...

ADE. Otra historia, esa nó. Isabel hizo traicion á su prometido Alberto, por lisonjear su vano orgullo con una ilustre boda. El alma aborrece tan impuros hechos, y no hay infamia que iguale á la traicion en el amor. Léeme otra página que más pudor encierre y más me alegre.

VAL. (*Leyendo.*) «Hubo un caballero que por nombre tenia »Arnolfo de Guiscardo, gallardo, jóven, de espesa »y negrísima melena, pequeña y blanca mano, de »águila su mirada; y era al par su bella enamorada »una niña gentil, de puro corazon, de amante pe»cho; y tanto fué el amor que por ella sentia el buen »Guiscardo, que en la tierra, en el cielo, donde quie»ra su vista se fijaba, tan solo su amado objeto por »dó quier veia. Ardia en el corazon de Inés un mundo »de deseos; y era aquel mundo, el corazon de su »adorado dueño. Mas un dia, un Conde la vió, y á »su vista aquella rara beldad aprisionó su pecho..... »Sin vacilar un solo instante, busca á su padre, y la »mano de la hija para esposa pide..... Era el padre »de alma ruin y avara, que ante la rica oferta del »poderoso, sin consultar el pecho de su hija, al »Conde la concede. Lloraron al saberlo los amantes. »rogaron; todo en vano!.... Una noche, sola en su »estancia, Inés se hallaba, y de repente, sintió asir »su débil mano, y una voz escuchó; voz grata, que »á su oido le decia: « Yo te amo tanto, que sin tí, »ódio la vida! abajo mi corcel espera; si tú me amas »como yo te amo, sígueme, huyamos. — La bella Inés »ni tembló ni se avergonzó; vaciló un instante..... »mas, pronto amor aleja toda duda; sigue á su ama-

»do y como un relámpago, sobre el fogoso bridon »que abajo espera, el caballero y la bella á escape »parten. »

ADE. La pobreza sobrepuso al perjurio .... Hé ahí un noble ejemplo!

VAL. Único acaso! Que hoy en dia, no sé que otra mujer prefiriera, al esplendor de un palacio, la pobreza!

ADE. Tu eres un niño, y por eso no comprendes cuanta sea la virtud de un juramento, en nuestros femeniles pechos! Déjame, retírate. *(Valafrino se inclina para salir; cuando llega á la puerta se detiene y anuncia.)*

VAL. Arnoldo el ermitaño.

ADE. Llegue. *(Valafrino saluda respetuosamente á la primera y á Arnoldo, y sale.)*

## ESCENA II.

ARNOLDO y ADELASSIA.

ARN Noble princesa; á vos me envia vuestro padre. Si bien puede poco grato mi mensaje pareceros, al mensajero, suplícoos, señora, que acojais con faz benigna.

ADE. Dios pone la verdad en vuestros lábios. Él me inspiré!

ARN. Entre tantos príncipesilustres que aspiran á la mano de la hija de Othon, atraidos por el eco de losloores que la fama de vuestra belleza y virtudes con su clarin pregona, uno fué el elegido, Enrique de Babiera. Gozoso vuestro padre, no dudaba que seria aceptada tan noble y digna oferta. Preclaro valor en las armas le distingue, su mesura en los consejos fama lleva, jóven en años, viejo en la prudencia.....

ADE. *(Interrumpiéndole.)* No tiene la Germania un príncipe más digno de ser honrado y ser querido; lo sé; sé que su nombre, repetido por mil ecos de alabanza en los cantares de las cándidas doncellas, resuena en medio de las espumosas olas de los mares y entre las gigantes encinas de las selvas; así, pues, á mí de tan ilustre enlace, solo me alcanzaria gloria y

decoro; pero mi fé á otro fué jurada, y viva por él arde en mí corazon, de amor la pura llama.

ARN. Y así contra la voluntad del padre os revelais? así le engañais, señora?

ADE. Ah! nó, no le engaño; porque él no ignora ni el dia dé la promesa, ni la justa y santa causa que me obligó á hacerla. Si en un instante de mortal peligro, sale de un corazon libre á los ojos de Dios. un juramento, decidme, padre: despues de vencido aquel peligro, puede el corazon volver jamás el juramento nulo, y así manchar su pura honra. con una infamia, con un vil perjurio?

ARN. Cuando no fuese culpable el juramento, nunca.

ADE. Pues oidme. Una historia recordaréis de un dia. ¡funesto dia! en el que airado, por un reproche mio y de venganza ébrio, Rutti, el más feroz caballero del imperio, y el más temido por su valor y por la destreza que en el manejo de las armas poseia, osó. en presencia de mi padre y de la corte, proferir una falsa acusacion contra mi honra; yo era inocente. mas la vil calumnia, cual emponzoñado dardo se clavó en mi pecho tan profunda. que, trémula, sonrojada, y de mortal palidez teñido el rostro, desvanecida, sin sentido en tierra caí..... Juró Rutti mantener la acusacion en *campo abierto*, apelando al fallo de las armas, en aquel tremendo y fatal *Juicio*, que *de Dios* se llama. Para la defensa de mi honor, y en el nombre de Othon el grande, fué proclamado el *reto*. Yo, tranquila por mí, mas temerosa de que ningun caballero quisiera aceptar el *duelo*, por temor de medir sus armas con las del diestro y feroz Rutti, con el corazon comprimido por el dolor, y alzando mis ojos inundados de lágrimas, al cielo hice en alta voz este solemne juramento.—Si haceis, Dios mio, que salga una espada en mi defensa, al caballero que por mi inocencia su vida exponga, aun cuando el más pobre de mis reinos sea, aun cuando su rostro fuere de fealdad modelo, juro ante Dios, que aquí me escucha, darle de esposa la mano;—y Dios me oyó.

ARN. Y quién lo duda! su justicia es grande!

ADE. Oh, sí! llegó aquel dia: abierto el palenque, desde el amanecer, una inmensa multitud llenaba las an-

chas graderías, y gran número de damas y de nobles ocupaban los estrados. Rutti, encerrado en su bélica armadura sobre un negro corcel, estaba en medio de la arena, con todas sus armas preparado: Los heraldos al son de las trompetas repetian la acusacion, demandando, en vano; pues ni un solo acero relucia, ni una espada que quisiera desnudarse para defender mi honra escarnecida.

ARN. ¡Parece increible!

ADE. Y corria el tiempo, y después de un silencio pavoroso, ya en torno un sordo murmullo comenzaba á resonar, y mi corazon morir veia con mi fama. Mas de improviso, tres toques de clarin que repetidos por la contigua selva resonaron, hicieron que todos, con impacientes ojos, la vista hácia allí fijaran. De repente, un caballero que, cual flecha de la cuerda despedida, venia á todo escape, sobre un tostado alazan, salta la valla, y en frente del feroz Rutti detiene su fogoso corcel, que de espuma y sudor bañado, dilatando sus anchas narices, el acerado freno con impaciencia tasca..... A poco, el encubierto caballero con fuerte y clara voz exclama..... Acepto el reto: y juro aquí probar, con lanza ó espada, la inocencia de la hija de Othon, y tambien juro probar el deshonor de Rutti, el mal caballero, que indignamente ciñe espada y dorada espuela calza: y á Rutti arremetiendo cual ardiente rayo, una nube de polvo los envuelve, y el choque rudo y poderoso de ambos combatientes, por los ámbitos del palenque retumbaba. Yo entónces de horror estremecida, cierro mis ojos, y á Dios solo mi corazon consagro.

ARN. Comprendo la terrible situacion, la lucha!

ADE. Una hora después, agonizante, bañado en su propia sangre, yacia en tierra Rutti, confesando ante la corte, y ante Dios, mi inocencia y su cruel infamia; y en tanto que mis lábios elevaban al cielo las plegarias del perdon para el culpado, volví mis ojos, y ví alzada la visera del casco del apuesto caballero, del salvador de mi honra y de mi fama: y al fijarme, reconocí en él á mi Alerano. Desde aquel punto le amé, señor, y de él fueron mi vida, mi corazon, mi mano.

ARN. ¡Era Alerano! Yo fuí en algun tiempo su maestro en armas, de aquel que, aun cuando salido de pobre estirpe, supo conquistarse de caballero el alto nombre por su valor, y preclaros hechos en la guerra. Yo, señora, no he vestido siempre el humilde sayal del cenobita; yo lidié tambien en los gloriosos años con vuestro heroico abuelo Enrique primero, y nombre obtuve en nuestras santas guerras con los Daneses, Húngaros y Slavos: mas hace un año ahora que la fama de Alerano en silencio yace, y hay quién dice si ha muerto, mientras otros aseguran que vive errante en desiertos bosques, como el hombre que hastiado de los desengaños de la vida, huye del mundo y de su contínuo engaño.

ADE. Cuando pregunto al corazon: ¿vive Alerano? responde el corazon: vive. ¿Dónde?.... No lo sabe; pero vive. A él mi fé le fué jurada, y con la fé intacta bajaré á la tumba..... Oh! no se hable más de bodas: mi corazon muerto á la fé, muerto al amor de otro hombre, está por un sagrado, solemne juramento. Tan solo Alerano podrá darme de esposa el nombre.

## ESCENA III.

ADELASSIA, ARNOLDO, OTHON, que viene por el fondo.

OTHON. Adelassia.

ADE. Señor.....

OTHON. No osas llamarme padre?

ADE. Oh, padre! es que á tu presencia tiemblo porque sé cuanto te amo, y sin embargo, mi destino me obliga á afligirte en tus postreros años.

OTHON. Una palabra puede salir de tus lábios, que haga desaparecer del paterno rostro el adusto ceño, cambiando en gozo mi duelo, y haciendo renacer al par la alegría en el corazon de un príncipe que á tu mano aspira, de Enrique de Babiera, tu destinado esposo.

ADE. Oh, padre! no puedo.

OTHON. ¡Qué no puedes! ¿Por qué causa?

ADE. Me lo impide la fé de un sagrado juramento.

OTHON. Escucha. Si halagarte pudiera la idea de otro enlace, y por eso rehusas constante mi propuesta, ¡ cuánto

te engañas ! insensata ! Si rehusas aceptar por esposo al príncipe ; de tu padre y del mundo, te alejará eternamente el cerrado claustro del convento de Sta. Agueda.

ADE. Apartarme de tu vista ¡ ¿Echarme de tu lado? Y lo podrias? Para el cláustro, padre mio, no he nacido; para otra boda, jamás palabra alguna pronunciará mi lábio. Solo para tí será el dulce cariño que de mi corazon eternamente brota; para tí en tu arrugada frente mis amorosos besos; para tí mi alegría en tus caducos años; todo para tí, nada más quiero.

OTHON. Basta, pues. Cumples mi voluntad? responde.

ADE. Oh! padre! (*Vacilando en contestar.*)

OTHON. Una hora para decidirte, una hora te concedo.

ADE. Señor!.... (*Suplicante.*)

OTTON. Basta. (*Vase con Arnoldo.*)

## ESCENA IV.

ADELASSIA sola.

Antes la muerte, que aceptar tan horrible sacrificio! Jamás tan rígido, tan indignado se mostró á mis ojos! ¿Quién, en tan grave lucha de la mente y el corazon, me prestará un alivio? ¿Quién viene? Ubaldo!

## ESCENA V.

ADELASSIA, UBALDO en el fondo.

UBA. Señora. (*Saludando.*)

ADE. Pasa.

UBA. Esta mañana, cuando el pié pusísteis en los vergeles del vecino parque, al ofreceros unas pobres flores, á vuestro oido estas palabras resonaron: «Apénas anochezca, despedid de vuestro lado á las doncellas.»

ADE. Y sola estoy.

UBA. Leed..... (*Entregándole un pergamino.*)

ADE. Letra de Alerano! (*Llena de alegria.*)

UBA. Desde esa puerta velo. (*Sale por la izquierda.*)

ADE. (*Besando el pergamino.*) Ah! vive, vive! Leal corazon, no me engañaste! (*Lee*) «Mi siempre adorada

»princesa: Una palabra, una señal, y aun cuando »debiera costarle la vida, volará á tus piés, tu cons»tante Alerano.» ¿Eres tú, ¡Dios mio! quien me le trae en esta hora de duda y desaliento? Mas, que digo! imprudente! bajo el paterno techo, á media noche, en mi propia estancia!.... Oh! yo tiemblo, y al par verle deseo!.... Y mañana?.... y si mañana me separaran de él eternamente, de un claustro las pesadas puertas? Qué resuelvo?.... Para el corazon, ante Dios, no soy ya suya?.... arrecia el peligro, y en tanto.... (*Se sienta al lado de la mesa, sus ojos se fijan sobre el libro abierto y lee: su brazo está suspendido al lado de la silla.*) Qué hacer?.... Dios mio! Terrible lucha del amor y el deber!. ..

## ESCENA VI.

ALERANO y ADELASSIA.

ALERANO entra por la puerta del fondo, y se acerca pausadamente interin ella lee, hasta el lado del sitial en el que ADELASSIA está sentada.

ADE. (*Leyendo*) «Lloraron al saberlo los amantes, rogaron. »todo en vano; una noche, sola en su estancia, Inés. »se hallaba; de repente sintió asir su débil mano.» (*A las últimas palabras, Alerano ha caido á sus piés de rodillas, y coje y besa la mano de Adelassia con afecto, y dice en voz baja:*)

ALE. Adelassia!

ADE. Alerano! (*Con trasporte*). Ah! huye! (*Sobreviniendo el espanto*).

ALE. Y puedes tú quererlo? tú, cuando despues de un año de angustia y dolor vuelvo á tu lado!

ADE. Habla bajo, por piedad! Si alguno aquí te sorprendiese..... Oh! por tí tiemblo!

ALE. Mi fiel escudero Ubaldo, vela por nosotros; no hay que temer; calma esa mortal inquietud.

ADE. Oh! y cuánto te he deseado! ¿por qué causa has estado tanto tiempo de mí ausente? Voces aquí llegaron de tu muerte, y aun cuando el corazon á creerlas se negaba, ah! si tu supieras cuántas noches de angustias y afan..... y cuánta amargura, cuántas

lágrimas por tí derramar me hizo aquel funesto anuncio!

Ale. La ira de tu padre me tuvo prisionero, sin otra razon que el amor que me inspirabas. De la prision me sacó la fidelidad de Ubaldo, y Dios que vela con su eterna bondad por la inocencia.

Ade. ¿Prisionero? Estuvíste prisionero?

Ale. Escucha: el tiempo vuela, y acaso podria no volver á verte. Tregua demos á nuestro inútil duelo; tu enlace con el príncipe de Babiera te impone el padre. Sé que resistes, sé que lloras, sé que suplicas; pero en vano. Conozco la injusta y cruel distancia que la fortuna entre los dos ha puesto. Conozco de Othon la inquebrantable voluntad; cede, obedece..... La palabra te devuelvo, sé dichosa, y cúmplase en mí lo que disponga el cielo! (*Resignado.*)

Ade. Tú mi palabra me devuelves? Ah! tú ya no me amas, si creer puedes que en mí sea posible quebrantar mi fé, mi juramento!

Ale. Que no te amo! ¿Y concibes que sebrevivir yo pueda al dia en que tú á otro hombre, ante el altar, tu fé jurar te hicieran?..... Si para conquistar tu ansiada mano, me fuera impuesta una vida eterna de dolor, de penas; si de mil terribles azares y peligros por las mas ignotas sendas del mundo, se me impusiese el castigo de sostener sin miedo el choque rudo; si teñido de vergüenza el rostro, lacerado, hambriento, desnudo el pié, inerte, por las plazas públicas, ó por las solitarias cabañas del desierto, debiera tender mi débil mano pidiendo pan en las inhospitalarias puertas; los peligros, la miseria, los castigos, no lograrian un solo lamento arrancar de aqueste pecho. Mas la idea, el solo pensamiento, de que mi amor una lágrima á tus ojos hiciera derramar, del corazon todo el valor me extingue: Mi pecho opongo impávido á la muerte, mas no puedo oponerlo al dolor tuyo: mira, pues, si no te amo!

Ade ¡Quién, al oirte, no osára todos los peligros desafiar del universo! Ten solo el valor que amor te inspira! nada mas te pido; nada mas quiero..... Escucha: una atrevida idea á mi mente asalta, que de ardimiento es igual al amor nuestro..... Hace poco que

mi padre á esta sala vino; indignado por mi constancia en rehusar la aborrecible boda con el príncipe de Babiera, y al ver mi dura resistencia, me amenazó con sepultarme para siempre en el convento de Sta. Águeda.

ALE. Qué dices!

ADE. La boda al par que el claustro yo aborrezco. A Dios perjura, como al príncipe yo fuera; por que el amor tuyo, ya en el tálamo de Enrique, ya en los altares, seguiria con la misma fé en mi amante pecho: así pues, está resuelto. De la casa paterna no debes sustraerme, pero sí del cláustro. Si Dios en mi corazon lee, me verá más digna esposa tuya en el mundo, que no suya en el convento, sabiendo que siempre tu imagen en mi pensamiento impera, aunque prosternada noche y dia ante el altar me viese.

ALE. Oh! En torno mio, la desventura nace!

ADE. Allí te espero. (*Con firme resolucion.*)

ALE. Pero no temes la ira de Othon, tu padre?

ADE. Allí te espero. (*Con más resolucion.*)

ALE. La fatalidad que siempre me persigue, se alzará gigante en mitad de mi camino, y debilitará mis fuerzas.....

ADE. El fuego santo de nuestra fé encenderá la llama á tu valor.....

ALE. Tú lo quieres?

ADE. Sí, lo quiero.

ALE. Pero, cuando las ferradas puertas del convento, trás tí se hayan cerrado, ¿cómo del cláustro podre sacarte?

ADE. Oye: el vulgo narra, y tambien las crédulas doncellas, que á media noche, por el cláustro de aquel convento, vaga un fantasma, que de una infeliz del claustro víctima, dicen que sea; pues bien: En blanco lino envuelta, cual fantasma vaporosa, errante, al toque de la media noche, saldré, cruzando por los solitarios claustros del convento. Despavoridas, huirán las religiosas á esconderse en sus tranquilas celdas; yo entónces abriré la puerta que al campo dá, y tú, allí esperando, en la grupa de tu corcel lijero, llevando por alas nuestro amor, léjos de aquellos tristes sitios, partiremos.

## ESCENA VII.

UBALDO, ADELASSIA y ALERANO.

UBA. Al punto, señor, poneos en salvo. (*Entrando aceleradamente por la izquierda.*)
ALE. Mañana, á media noche, has dicho?
ADE. Sí, allí te espero, parte.
ALE. Allí estaré, confía.
ADE. Recuerda mi fé.
ALE. Ella me dá valor, ella me alienta. (*Vase con Ubaldo.*)

## ESCENA VIII.

ADELASSIA.

Oh Dios! Sus pasos guia..... Tú no me querrás perjura! ¡nuestro amor proteje! su valor ampara! (*Pausa.*)

## ESCENA IX.

ADELASSIA y OTHON que entra por la izquierda.

OTHON. Elegiste? (*Después de un momento de silencio y de haber llegado al lado del sitial; pausa.*)
ADE. El cláustro. (*Levantándose lentamente, responde acompañando la palabra con una mirada majestuosa.*)

FIN DEL PRÓLOGO.

# ACTO PRIMERO

## Personajes del drama.

| | |
|---|---|
| INÉS, ANTES ADELASSIA. | OTHON I. |
| CATALINA. | BALDO, ANTES UBALDO. |
| FULBERTO, ANTES ALERANO. | ILDOBALDO. |
| ARNOLDO. | ESCUDERO 1.° |
| | ID. 2.° |

**Capitanes, hombres de armas, caballeros del Rey.**

**La escena pasa en una casita de Pietra Ardena, cerca de las vertientes del Tanaro, año 973, siete despues del prólogo.**

Habitacion humilde en una pobre cabaña en los Apeninos. El órden y la limpieza de los pocos muebles, indican el esmero y aseo de sus habitantes: un sillon de baqueta, un armario, mesa, etc. dispuesta á la izquierda del actor, banquetas rústicas, pieles colgadas por las paredes: en el lienzo de la pared de la derecha una espada cubierta con un paño ó velo negro y pendiente de un clavo: objetos y muebles de la época.

### ESCENA PRIMERA.

INES y CATALINA.

La anciana Catalina está sentada á la derecha, miéntras que Inés vá y viene contínuamente arreglando su humilde mesa que dispone para la cena.

INÉS. Solo este dinero? (*A Catalina enseñándole unas monedas que tiene en la palma de la mano.*)

CAT. Sí, tan solo, y aun....

INÉS. Es bien poco.

CAT. Ya lo creo, ni siquiera paga el aceite que la lám-

para ha gastado, ni las abujas que habeis roto, ni el tiempo perdido en tan sútil tarea. Era un bordado Inés el vuestro, que otro mejor en verdad jamás he visto: bordado que muy bien podia ostentar ufana una princesa sobre su régio manto.

INÉS. Tanto no digo, mas calculad : estuve bordando dos meses sin cesar, un trabajo de tal clase ! bien seguro que la vista hubiera perdido á durar un año!

CAT. Tirad por la ventana las abujas: pues no faltaba más que ojos tan bellos..... Si hubiese sido la noble marquesa de Pieretta, sin necesidad de hablar cuatro palabras, en el acto su valor, más que su valor hubiera dado. La que es señora de veras, ya se sabe; paga y no habla. Pero el señor de Albenga es un noble que de algun judío desciende; siempre metido en la iglesia , siempre predicando que á los pobres debe darse lo que de sobra tienen los ricos, porque así Dios lo manda: y no sale, para dar limosna , ni una moneda de cobre de sus manos, ni aun cuando viera morir de hambre á un pobre niño; y si alguna vez por precision, tiene que aflojarla, en quince dias, no hay quien se atreva á mirar el mal ceño de su adusta cara.

INÉS. Y volvereis pronto á Albenga?

CAT. En viniendo la luna de setiembre , marcharé con la carabana de los arrieros; el largo y fatigoso camino que por encima de las escarpadas rocas , ó por entre los espesos bosques hay que atrevesar, ellos entre cuento y cuento lo entretienen, y de aquel modo se hace ménos pesado y más corto el tiempo.

INÉS. Para cuando marcheis, tomad esta moneda de oro ; con ella yo quisiera que me compraseis un trozo de paño, de color oscuro, para hacerle á mi Enrique un capotillo. El invierno se aproxima, y en estas gargantas elevadas es muy violento el soplo de los crudos aquilones.

CAT. A vos constantemente, desde la mañana hasta la noche, solo os ocupa el pensamiento, el recuerdo de los hijos y del esposo.

INÉS. Es un gran consuelo para el alma, el santo recuerdo de nuestras prendas caras. A los que pobres somos, Dios concede al ménos el goce del amor, rica recompensá del trabajo corporal. El primer dia que á

estos sitios con mi Fulberto llegué, debilitada, hambrienta, los piés ensangrentados del contínuo trepar por las escarpadas peñas de estos montes, vos al verme de desesperacion cubierta el alma, con acento cariñoso me dijísteis: ¡ánimo hija mia! Dios, en su clemencia, provee, hasta en el hueco de las rocas de un asilo benéfico, contra la intemperie á los inocentes y errantes pajarillos! Al oiros, se abrió mi corazon á la esperanza y brotó de mis lábios una sonrisa de placer. Lo recordais?

CAT. Sí, sí, lo recuerdo.

INÉS. Y es verdad. Este es el hueco de la peña que dulce asilo el cielo me indicó, para guarecer en él de la intemperie á mis objetos más queridos. ¡Bendito sea el supremo señor que me lo ha dado!

CAT. Perdonad, soy vieja, y como tal curiosa; y sin embargo, ni una sola vez he preguntado, y eso que han trascurrido más de siete años, ¿de dónde veniais cuando aquí llegasteis, ni por qué causa en aquella desconsolada situacion?

INÉS. Oh mi buena Catalina! es por cierto bien triste aquella historia.

CAT. Yo mil veces, entre mí he pensado si algun triste suceso podria ser la causa de que vinierais á habitar en estas retiradas peñas; pero la verdad, no me he atrevido nunca á preguntarlo.

INÉS. Hay á la opuesta parte de estos encumbrados montes otros no muy lejanos. En medio de reducido espacio, y con escaso horizonte, se alzaba la humilde casita, donde abrí por vez primera mis ojos á la luz del dia! ¡ lugares santos que nunca más verè! (*Enjuga una lágrima.*)

Cuando á mi Fulberto conocí, rayaba yo apénas en los diez y ocho años. Del trabajo de mis bordados yo vivia, pues casi todos eran encargos de las damas y nobles de la ciudad vecina. Fulberto el ejercicio de halconero practicaba; con motivo y aun con pretexto de la caza, de contínuo en torno de mi casa le veia; amor le inspiré, por él tambien amor sentí, y nos amamos.—Al poco tiempo, muerta mi familia, sola en el mundo, ante el altar nuestros amantes votos, con sagrado juramento, confirmamos. Un dia Fulberto, en mi estancia pálido penetra, jadeante,

y grita:—Inés, huyamos! Evitar debemos del Conde, mi señor, la ciega ira; él llega, y tú ya sabes que no perdona:—y sin perder momento huimos.—Hé aquí explicada en pocas palabras, la triste causa de nuestra errante vida.

CAT. Pobre Inés! Oh! y es un buen esposo vuestro Fulberto, no es verdad?

INÉS. En su semblante la bondad de su alma lleva escrita; tanto que ¿qué diriais de un hombre que en toda su vida no ha conocido otro trabajo que el de amaestrar halcones para la caza; y hoy, porque el pan se ha encarecido, y porque en Génova de los pinos y de los robles, para construir las naves, crece la necesidad de sus maderas, coge un hacha y leñador se hace? Y todo, por qué? por el amor de sus hijos! así se explica.

CAT. Y de la esposa.

INÉS. Sí, y de la esposa, que infundiendo valor á su pobre espíritu, redobla y vigoriza el brazo suyo.

CAT. Y podeis dar la vuelta en todo cuanto de largo y ancho tiene este valle del Tanaro, y yo os apuesto que no encontraréis ni uno solo que no os diga ¡Qué gente tan buena y tan honrada es la que habita en la casita blanca de Pietra Ardena! si hasta hay entre nosotros quien piensa que vuestra mano toca y sana: aquel *toca y sana* que en los libros santos nos explica en las fiestas el anciano sacerdote.

INÉS. Nó, Catalina.

CAT. Soy vieja y habladora, achaque de la edad, pero mi lengua está dispuesta á decir siempre la verdad, y si la verdad obliga, adios prudencia! es preciso decirla, cual de adentro sale y á los lábios se presenta.

INÉS. Mi Fulberto llega. (*Aplicando el oido hácia la entrada.*)

CAT. Y que oido!

INÉS. Es que aquí venir le siento. (*Señalando al corazon.*)

## ESCENA II.

FULBERTO, BALDO, INÉS y CATALINA.

INÉS. Fulberto!! (*Que ha corrido á sus brazos.*)

FUL. Inés mia! (*Abrazándola.*) Mi buena Catalina! (*Tendiéndole la mano.*) Y nuestros hijos? (*A Inés.*)

Inés. Durmiendo el dulce sueño de los ángeles.
Cat. Vaya, adios: os dejo. Vendreis á verme? (*A Fulberto.*)
Ful. Sí, mañana y conmigo llevaré.:..? Lo adivinais?
Cat. A mi ahijado?
Ful. A Enrique.
Cat. Angel del cielo! para él tengo en el armario un saquito que de almendras y de nueces está lleno.
Ful. Ah! pues mañana mermará, descuidad.
Cat. Que os espero! Buenas noches.
Inés. Buenas noches. (*Se besan y despiden, en seguida Inés va por una lámpara que saca encendida.*)

## ESCENA III.

INÉS, FULBERTO y BALDO.

Inés. Dame tú tambien la mano mi buen Baldo. (*Baldo á ido á colgar las hachas que traian.*)
Bal. Señora, vos! una princesa..... (*Con respetuoso afecto.*)
Inés. Silencio, Baldo: Adelassia ha muerto para el mundo: aquí no hay más que Inés.....
Bal. Si la verdad he de decir, eso me cuesta algun trabajo.....
Inés. Y acabarás por descubrirme, sin haber querido.
Bal. Esto es cuando estamos solos, por que pienso que nadie nos escucha y siento entónces, que del respeto, involuntariamente, mis rodillas ante vos se doblan.
Ful. Oh, mi buena Inés! Ya la mesa dispuesta me tenias! (*Se sienta.*)
Inés. Y con sano y frugal alimento la cena preparada, y fresca y cristalina agua de la fuente que mana al pié del cerro.
Ful. Y que templa del cuerpo los ardores! Y tú, por qué á mi lado no te sientas? (*A Inés que se ha sentado algo distante de la mesa.*)
Inés. Trabajo aquí para mis hijos. Es ya un poco tarde, y la ropilla de nuestro pequeño Alfredo, necesita compostura. Hoy, miéntras yo lavaba en la vecina fuente, él allí estaba con su hermano retozando, y al correr se enredó el pié con una zarza y cayó. (*Haciendo

*la accion de caer.)* Mas gracias al cielo, que solo fué para la ropilla el daño, que él salió ileso.

FUL. Mas tú entre tanto sin cenar.

INÉS. Cené acompañada de mis hijos, y una gran cena! Después de lo de costumbre, un pan en pequeños trozos hecho, y empapado en la fresca leche acabada de ordeñar á nuestra cabra: tambien para tí, y aun para Baldo, una parte he separado.

FUL. Oh! muchas gracias! (*Besándole la mano.*)

INÉS. Mira. (*Se dirige al armario á buscar la taza.*)

BAL. Siento en mi cara subir el calor de la verguenza, y quisiera, hasta los ojos arrancarme, por no ver aquellas nobles y delicadas manos, ocupadas en faenas tan vulgares! Estando yo aquí no podia..... (*Interponiéndose á Inés que ha ido á tomar la taza del armario y baja con ella.*)

INÉS. (*Afectando modales de princesa y tomando en sus manos la taza con la leche.*) En los bordes de esta copa, que es de oro puro, y de un reputado artífice obra maestra; no se acercáron más que lábios ilustres nacidos para el regio mando. Dentro de la copa, endónde el divino néctar espumea, dejo caer esta rica joya en prenda de honor y de fé. Por vos mi dueño y señor. (*Bebe un poco.*) Servíos..... Ah! ja, ja, ja. (*Viendo que Baldo sigue con suma importancia los movimientos y palabras de Inés, prorumpe en risa.*) Mira que cara! ¿Me acuerdo de ser princesa todavía? (*En tono jovial.*)

BAL. Es que estoy, vive Dios, corrido! Hoy por ejemplo, lavásteis las telas en la fuente ¿no podia yo haber hecho aquella hacienda?

INÉS. Y entónces, quién á mi Fulberto acompañar podria?

BAL. Bien..... si..... pero.....

FUL. Oh, Baldo amigo! Tú sabes cuanto es el cariño que por tí sentimos. Los dias de desventura, las pasadas penas, las largas vijilias que con nosotros tambien has compartido en medio de los sitios más desiertos, y tu constante fidelidad, han abolido para tí, la distancia que entre el criado y el señor la suerte puso. (*Tendiéndole la mano.*)

BAL. Oh! gracias, señor. (*Tratando de besar la mano que Fulberto le habia estendido.*)

FUL. Ahora bien; escucha atento. Apénas despunte el

alba, te diriges á la halconera: allí están las llaves (*Señalándolas colgadas de un clavo.*) tómalas y una vez en ella colocarás en tu brazo al *Gerifalte* y al halcon *coronado:* pero al cojerlos ten gran cuidado, á no lo hagas sin llevar puesta la gorra con la pluma, que ellos ya conocen, y que en la caceria siempre usamos.

BAL. Para qué esa precaucion?

FUL. Porque el *Gerifalte* y el *Coronado* no se vendrian á tu brazo sin ensayar primero sobre tí sus afilados picos y sus cortantes garras. *El Montano*, el *Nebli* y el *Lanero,* amaestrados desde hace ya mucho tiempo, son dóciles, y esos al brazo de Antonio puedes confiarlos. En la halconera deja el halcón *Gentil* y el *Peregrino*. Con los otros bajaréis á Ormea. Quiere el marqués de Pieretta adquirir mis halcones para salir á cazar de cetreria, y como yo no puedo acompañarle, atiende con cuidado cuanto aquí te diga.

BAL. Escucho atento.

FUL. Apenas la comitiva de halconeros esté reunida y se ponga en marcha, te colocas sobre una mano el halcon *Montano* y en la otra el *Nebli;* dóciles entrambos y bien amaestrados, los preparas á la caza. El *Montano*, sale por punta al vuelo, y vá siempre de pecho al viento. No des silbido alguno, y prevenlo á los otros halconeros, aun cuando lo velais subir á mucha altura de la presa que persigue; es su costumbre. Cuando es de poca ala la plumosa ave, para quien fué puesto en caza, entónces en largas vueltas remontándose, verás que se le coloca encima, y de pronto cae sobre ella á plomo y cual rápida saeta la ace con su fuerte garra: mas si la presa es tal, que él conoce que puede igualarle en fuerza y valor, le vereis partir de frente y en torno de ella con destreza, dar mil giros: ya de lado, ya por la espalda ataca, y con fingidos asaltos, unas veces dejándose caer, otras simulando huir, se revuelve con rápida presteza, y entónces hiere á traicion y de improviso.

BAL. Que astuto!

FUL. En la memoria procura retener cuanto te he dicho.

BAL. Oh, sí, descuidad.

FUL. Pues retírate ya, Baldo, á descansar. (*Baldo aprieta*

*la mano que Fulberto le tendió y saludando respetuosamente á Inés sale por el fondo.*)

## ESCENA IV.

INÈS y FULBERTO.

INÉS. Ruda fatiga has llevado hoy, mi buen Fulberto; aun en tu frente las huellas del sudor asoman.

FUL. Recuerdas, Inés, el dia que llena de amor y entusiasmo, me decias: ¡ Cuán grato es desnudar de la armadura y desceñir la espada á su amante caballero, que después del combate vuelve rendido de fatiga á los brazos de su amada, desordenado el cabello, y cubierto el rostro de *noble* sudor con el honroso polvo de los campos de batalla ! Ahora esta frente solo está cubierta de tierra y polvo..... *deshonrado*, porque no es noble sudor, el que ahora corre por mi frente!

INÉS. Y eso puedes tú decírmelo? No es noble ese sudor que gana el pan que nos sustenta? que guarda nuestras queridas joyas, nuestros hijos, inviolables á la venganza de un ofendido orgullo? que mantiene libre de opresion nuestra feliz vida? Y qué importa que de trabajo humilde sea? Oh ! esposo mio! Y tú, no recuerdas aquel dia en el que encerrado aun en la armadura y triunfante, salias del *Juicio de Dios* en el que campeon fuíste de mi ofendido y virginal pudor; cuando alzada del casco la visera, el nombre de Alerano resonó por todos los ámbitos del ensangrentado palenque, y entre un millon de aplausos que de todas partes resonaban, á tí me llegué y de rubor confusa..... mis labios, depositaron el primer ósculo de gratitud sobre tu frente..... ¿ Lo recuerdas? Oh! cuán bella ! cuán altiva y noble me pareció en aquel dia ! Mi campeon, decia, se llama Alerano, el noble y apuesto caballero de quien cantan sus gloriosos hechos cien inspirados trovadores.

FUL. Por qué me hablas de Alerano? Siete años hace que ese nombre ha muerto para el mundo. Aquí no resuena ya otro nombre que el de Fulberto el halconero.

INÉS. El del adorado esposo de Inés, del padre de mis idolatrados hijos, fruto santo concedido por Dios al amor nuestro. Hoy, que en la desgracia tan larga experiencia de la vida he hecho, miro el pasado en su verdadero aspecto, y miro el presente: en aquel te recuerdo lleno de gloria, inmarcesible; en este, eres todo amor. Nada más hay dentro de mi mente, nada más á mis ojos se presenta, y todo aquí junto, en el corazon se anida: ahora juzga por tí mismo de mi afecto, juzga, si aprecio por más noble la frente de Alerano ó esta de mi Fulberto el halconero!

FUL. Oh! tú no sabes el bien inmenso que con tus palabras en mi corazon derramas! ¡Si vieras como late! Nacida para vestir la rica púrpura, eres feliz vistiendo humilde lana! ¡ Cuánta abnegacion !

INÉS. ¡ Quién mas dichosa !

FUL. ¡Oh! mi buena Inés ! y si yo te dijese que se acerca el dia quizá de tener que sufrir nuevos azares? Que los Sarracenos han traspasado nuestros límites, y que amenazan desolar estas tierras: qué harias?

INÉS. Pondria sobre tus brazos á Alfredo y á Enrique; tomaria en los mios á nuestro pequeño Odon; á esta casa, mansion querida, testigo mudo de tantos y tan dulces afectos, con lágrimas en los ojos, mi último adios diera; y en Dios puesta mi esperanza seguiria tus errantes pasos, siempre por tí constante, y siempre por tí querida.

FUL. ¡ Cuánta virtud !

INÉS. ¡ Oh ! sí: las gentes venideras dirán un dia: Sobre estas peñas habitó en pobre estado, una mujer nacida y educada en el fausto de la córte, y vivió *orgullosa* y feliz en la pobreza.

FUL. Ah ! no quiera el cielo que llegue un dia en que acaso tú puedas maldecirme !

INÉS. Solo una desgracia pudiera agoviar á mi amante corazon: tu olvido! Más rica que mujer alguna yo me considero, miéntras no me falte tu cariño! (*Aplicando el oido.*)

Pero oigo la voz de nuestro Enrique..... Si; fuera de la cubierta agita ya los brazos..... ¡cuanto sueña! y muchas veces soñando, habla en alta voz..... Soñaba la otra noche que llevaba sobre su cabeza un

casco reluciente, como aquel que San Jorge tiene puesto en la imágen que existe sobre la puerta de la gran ermita.

FUL. No desmiente la noble sangre que por sus venas corre!

INÉS. Le oyes..... voy..... no sea..... (*Vase por la izquierda*).

## ESCENA V.

FULBERTO.

¡Incomparable mujer! Y sin embargo, cuando traigo los dias de mí pasado á la memoria, me siento desfallecer ante el triste presente de mi oscura vida, y un hastío invencible mi valor abate. Mi vista con avidez recorre las desiertas paredes de mi pobre estancia, y en vano busco pendiente de ellas un casco, un escudo, alguna lanza, tan solo mi victoriosa espada envuelta en negro velo allí descansa. (*Señalándola al fondo colgada.*)

Desfallecido, cierro los ojos, y á poco trasportado creo percibir el sonido de bélicos clarines, un confuso rumor de armas, y de caballos los relinchos. Ya me parece ver la tierra de sangre salpicada, yertos cadáveres por allí esparcidos, saltar por el aire rotas lanzas y en el suelo abollados almetes, hendidos por los terribles golpes de las ferradas mazas..... Después de algunos instantes de silencio, se oye pronunciar un nombre: es Alerano..... Alerano.... y repetido, el eco se pierde en el espacio! abro los ojos y en vano busco la realidad! Todo era un sueño! Fantasía... á poco sonriente y bella, aunque de toscas sayas va vestida, ante los ojos mi Inés se me presenta, llevando por la mano á mi hijo Alfredo.... al otro lado Enrique que la sigue cojido de los bordes de su saya, en tanto que el pequeño Odon liba del materno seno las fuentes de la vida. Entónces con éxtasis, con pasion la miro, con respeto y cariño la contemplo, y el corazon dentro me grita: «Es la hija de un rey!» y más me averguenzo al recordar que descansan en vil ócio enmohecidas, las victoriosas armas que yo en otro tiempo con valor ceñia...

Hoy, en vez de bélicos clarines, solo mueve mi planta el rústico silbido del pastor! En mi mano tan solo se ostenta el halcon ó la tosca hacha del rudo leñador. ¡ Oh ! verdes robles! duras encinas, elevados pinos destinados á ver tanta variedad en vuestra inerte vida, que algun dia sereis memorables, de gloria ó desventura, á los Genoveses en sus anales pátrios! no sabrá ninguno de qué mano haya salido el cortante golpe que os arrancó de vuestra natal tumba para convertiros en famosas naves y cruzar con gloria los anchurosos y revueltos mares! Adios espléndidos ensueños! adios para siempre fantasmas de mi perdida gloria!.... adios. Yazga mi nombre sepultado eternamente en la fosa del olvido! ( *Llaman.* ) Quién llama á tan avanzada hora? ¿Quién podrá ser?
( *Va abrir y aparece Arnoldo.*)

## ESCENA VI.

ARNOLDO y FULBERTO.

FUL. Arnoldo!

ARN. Eres tú! Alerano? ( *Vacilando.*)

FUL. Sí, mas nómbrame Fulberto; é Inés á mi esposa, te lo prevengo. Mira en torno. De lo que fuimos, tan solo nos resta el corazon, Arnoldo!

ARN. No te hubiera conocido; ese tostado rostro, el rústico traje que ahora vistes, hasta la voz parece.....

FUL. ¿Qué causa aquí te trae, á tales horas?

ARN. Pues que ¿ignoras que el Emperador Othon, en el naciente dia, debe atravesar con sus armadas huestes esta parte del Apenino, para batir las salvajes hordas de los fieros Sarracenos?

FUL. Othon! su padre! (*Aterrado.*)

ARN. Acaso mañana con su ejército ocupará las alturas de Sacarelli, Cicola y Carzina, de donde nacen las vertientes del caudaloso Tanaro.

FUL. Aquí, tan cerca?

ARN. Sí, yo hombre de armas en otro tiempo y hoy ministro del Señor, marcho al lado de Othon para cualquier evento, pues que al mismo tiempo que consejero en asuntos de guerra, soy su sacerdote. El último mensaje que de tí llegó, me anunciaba el

lugar de tu recóndita morada, y aquí me he dirigido para advertirte del peligro.

FUL. Silencio, mi esposa viene: por favor, que nada entienda de la cercana presencia de su padre!

## ESCENA VII.

### INÉS, ARNOLDO y FULBERTO.

INÉS. No me engaño! Arnoldo! ¿cómo en este sitio?

ARN. No debe extrañaros, he venido a bendecir á vuestros hijos, oh ilustre y desventurada esposa!

INÉS. Desventurada? nó, Arnoldo, no lo soy. Y qué nuevas traeis de mi padre?

ARN. De vuestro padre? está bueno! sí. Mas perdonad: el viejo ermitaño, rendido de tan largo y pésimo camino, necesita ántes, que todo, un poco de descanso.

INÉS. Tan entrada ya la noche, no me es fácil poder arreglaros un cómodo lecho: estamos pobres, mas aun cuando tambien mi buen Fulberto haya venido del monte fatigado, con gusto partirá la cama con su antiguo maestro y buen amigo.

ARN. Y vos señora?

INÉS De mí no os ocupeis.....

ARN. Pero no puedo permitir.....

INÉS. Así lo quiero. Así lo pido. (*Con amabilidad y distincion*)

ARN. Obedezco y callo. (*Sonriéndose.*)

FUL. Vamos, Arnoldo, á descansar.

INÉS. Y yo entretanto velaré su sueño..... y el de esos ángeles..... pedazos de mi alma..... mis adorados hijos! (*Después de haber abrazado á Fulberto, que se entra con Arnoldo por la parte derecha, coge la ropilla de su hijo; y miéntras se dispone para el trabajo cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

**La mismá decoracion del acto anterior.—Es la Tarde.**

## ESCENA PRIMERA.

FULBERTO y ARNOLDO: el primero entra por la izquierda y se dirije á ARNOLDO que estaba ya en escena.

FUL. Rendida Inés de la larga velada que ha pasado trabajando, apénas sin desnudarse, se dejó caer sobre su lecho, se quedó dormida. Sin cuidado pues podeis hablar, nadie nos oye. (*Se sientan.*)

ARN. Aquella misma noche que llegasteis fugitivos á mi solitaria ermita, y en la que yo, vencido al fin por tus ruegos y sus lágrimas, bendije vuestra union; aquella noche juré consagrar todos los esfuerzos de mi vida, hasta conseguir el veros de nuevo felices y perdonados en los brazos de Othon: mas todo fué inútil! Ni con súplicas, ni con amenazas, en nombre del Dios que enseña el perdon y maldice el rencor y la venganza, nada pude conseguir, ninguna reflexion su ira aplacaba. Un dia, me pareció que estaba más benigno y renové la prueba; apénas salió tu nombre de mis labios, con voz terrible, exclamó. «Ella no espere mi perdon jamás, si ántes no cae cortada por mano del verdugo, la vil cabeza de Alerano!» Y ya por órden suya habian partido en opuestas direcciones grupos de ginetes en pos de vuestros fugitivos pasos. Desde entónces todo mi estudio, todo mi cuidado ha sido desorientar sus pesquisas, y destruir las huellas que pudieran indicarles algun dia vuestro oculto asilo.

FUL. Y de qué modo?

ARN. Recordarás que al abandonar la ermita puse sobre tus mallas la túnica y esclavina de un peregrino, y que con el traje de una mendiga se visitó tu esposa, ¿lo recuerdas? Allí quedó su blanco manto, y un rico cinto que sobre el broche de oro, formado con rubies, se leia el nombre de *Adelassia;* y tu casco y escudo en el que en medio de una blanca faja habia en rojas letras un mote que decia: *Por mi Dios y por mi dama.* Tu divisa. El caudaloso Elba en aquellos dias desbordado por los fuertes aguaceros, en su terrible curso rompian al paso sus rápidas corrientes los más sólidos diques y pantanos. Este funesto acaso inspiró un rayo de luz á mi pensamiento. Salí una noche, secretamente, de la ermita, llevando conmigo tu escudo y casco, y de tu esposa los vestidos: llegué á la orilla del mar por la parte que el Elba desemboca, busqué un sitio en la desierta playa, y allí, medio cubierto en lodo, dejé el casco y el escudo .... y más allá entre unos troncos de árboles arrancados, coloqué rotos girones del blanco manto de Adelassia y su áureo cinto.

FUL. Con qué objeto?

ARN. Mi plan no salió frustrado. Muy pronto se difundió la triste noticia de la aparicion de aquellos restos, los que por órden superior fueron llevados ante el Emperador, logrando de este modo que todos creyesen que una terrible catástrofe habia puesto fin á vuestras vidas; Othon, maldiciendo tu nombre, lloraba la espantosa muerte de su perdida hija!

FUL. ¡Pobre padre!

ARN. Desde aquel instante, de sus labios desapareció para siempre la sonrisa, y por la noche acometido de violentos sueños, saltaba del lecho, y dando voces, recorria la estancia aterrado, cual si fuera por un fantasma ó por un terrible espectro perseguido.

FUL. Pobre Othon! Él que fué quién me ofendió, él me aborrece, y sin embargo, yo le compadezco! A su enconada ira debo nuestro largo padecer; el hambre, el frio, y más que todo sufrimiento humano, la vergüenza de verme obligado á mendigar el pan de puerta en puerta, que mil veces sus inhospitalarios dueños me negaron! Atravesando la Germania y

Lombardía, del Montferrato las fértiles colinas, buscando siempre los más ocultos y áridos senderos, ó trepando entre peñas, siendo el temor nuestro vigilante escolta, en estos encumbrados montes, entre una gente que es de corazon tan sencilla y modesta como tosca, por fin encontramos un asilo. En él vivimos tranquilos, mi esposa trabajando, y yo dedicado á amaestrar halcones para la caza, arte á los señores de este valle poco conocido ó ignorado; otras veces, tomo el hacha, y en las faenas del leñador me ocupo, cortando en el bosque troncos de Abeto, pino ó encina, que compran á alto precio los Genoveses para construir sus poderosas naves. Tres hijos el cielo me concedió, que son nuestra alegría, y así feliz la vida se desliza entre la tranquila paz del hogar santo, el puro amor de mi esposa y las caricias de mis adorados hijos.

ARN. Ah! comprendo esa dicha!

FUL. Pero..... Oh! Arnoldo! Arnoldo! Estos goces tan puros deberé perderlos para siempre; y para siempre privar á mis ojos de su vista! y de la dulce sonrisa de mis tiernos hijos! Oh! no, no es posible! Mi corazon no podrá resistir tan terrible sacrificio!

## ESCENA II.

FULBERTO, ARNOLDO é INÉS.

INÉS. (Sacrificio.) *(Como quien acaba de despertar y dejar el lecho; apénas entra en escena, herida por las últimas palabras de Fulberto, se queda retirada en el fondo y dice para sí la palabra «Sacrificio».)*

ARN. Qué quieres decirme! no comprendo!

FUL. Oh! nó, mi corazon de dolor se parte!

ARN. Habla.

INES. (Yo tiemblo!)

FUL. Cuando anoche me dijiste: Othon acampa con sus huestes á muy corta distancia de esta casa; y mañana, acaso, estará sobre esta altura dando la batalla.....

INES. (Desvaria!)

FUL. Mi primer pensamiento fué la fuga: pero, ay! du-

rante la pasada noche, una lucha terrible de ideas en mi mente se agolparon, y una fuerte agitacion dentro del pecho, de tal modo me oprimia, que ni aun latir al corazon dejaba. Veia á mis hijos en lejano porvenir, oscuros, miserables. hasta ignorantes de su régia estirpe: veia á mi esposa que nacida para un trono, lloraba, no por ella, por sus hijos la perdida gracia de su padre. Y entónces me dije ¿Tienes tú derecho á sacrificar el porvenir de tus inocentes hijos? Y á tu esposa, de ellos la madre, ¿puedes tú condenarla á un destierro eterno de los paternales brazos? Oh! nó: Por los hijos, por la esposa, es *deber* tuyo el sacrificio de tu dulce paz, de tu felicidad, y hasta de tu propia vida, si es preciso.

INES. (¡Apénas puedo sostenerme!) (*Vacila.*)

FUL. Oh, Arnoldo! Oh, amigo mio! júrame por tu honor que si un sagrado encargo á tu lealtad confío, fiel lo cumplirás.

ARN. Lo juro.

FUL. Ántes de la media noche habré bajado ya del Apenino. En la orilla del mar buscaré una nave que á lejanos paises me trasporte, y nunca más otra nueva de mí, llegará á los oidos de mi esposa. (*Inés se siente por momentos desvanecer, se va sosteniendo apoyada en el sillon que hay en el fondo.*) Por tu misma mano conducirás á mi adorada Inés y á los queridos hijos de mi alma, á la presencia de Othon, y al presentárselos, le dirás tan solo: Hé aquí, señor, la viuda de Alerámo y á sus tiernos hijos.

INES. (¡Ah!) (*En este momento Inés dá un grito sordo y cae en el suelo. Fulberto y Arnoldo, al ruido producido por la caida, se vuelven, la ven, y se precipitan á levantar Inés que está desmayada.*)

FUL. Inés!... me estaba oyendo! desventurada! Inés, Inés del alma! (*Llamándola para que vuelva.*) ¿No está muerta? Arnoldo? Habla? No está muerta? verdad? (*Con ansiedad terrible.*)

ARN. No..... respira..... vuelve..... (*Inés vuelve en si, y mira como aletargada, ora á Fulberto, ora á Arnoldo: después busca traer á su memoria las palabras que oyó á Fulberto: en seguida*

*rompe en un desconsolado llanto y arrojándose en brazos de Fulberto le dice entre sollozos.*

INES. Oh! si tu me abandonas, yo muero!

FUL Escucha.....

INES. Y matas á tus hijos.....

FUL. Escucha.....

INES. Nada quiero, nada puedo escuchar, sinó que tu no me abandonas. Oh: dime, que no es verdád lo que aqui he oido, ó creeré que mejor fuera no haber, nunca más, del sueño despertado!

FUL. Lo que oiste es terrible, doloroso, pero necesario.

INES. Necesario dices? ¿Llamas necesidad abandonar á tu esposa, á tus hijos, que de tí y para tí viven, privándoles para siempre de tu amor? ¿Necesario llamas tú el morir, para nunca más verlos? para dejarlos huérfanos ¡inhumano!

FUL. Pero piensa, Inés, que tu padre, el grande emperador de Germania y de Italia, puede de un instante á otro presentarse en los umbrales de esa puerta. Que nada el derecho contra la fuerza vale; que será imposible la huida miéntras que los Sarracenos y Alemanes tengan tomadas las salidas... Y piensa mi adorada Inés, que viviendo yó, el porvenir de nuestros hijos quedará eternamente sepultado en el olvido. No hablo por tí, Inés, nó. Sé que antepones la dulce é infinita soledad de una cabaña, en la que absoluto impera amor, al opulento palacio, y al mentido fausto de la córte! Conozco tu amor, Inés, y sé hasta donde tus virtudes y tu heroismo rayan.

INES. Yo solamente sé que soy tu esposa. Que si yo nací hija de reyes, por eso corre por mis venas la noble sangre que infunde el valor en toda árdua empresa, miéntras digna sea: y que aquella vida en medio de la opulenta ociosidad y del honor reconquistado al precio de la miseria tuya, ó de tu muerte, para mi, para mis hijos, el consentirla fuera una vileza.

FUL. Mas.....

INES. No más, Fulberto! O será forzoso que me hagas creer, por mi desdicha, que en el último grado estoy ya de tu cariño. Aprende del mio! (*Con arrogancia.*)

ARN. Unico en el mundo, ejemplo de fé y de virtud! ante vos me postro, oh santa esposa! y al besar ese humilde

y tosco sayal, comprendo cuanta más nobleza en él se encierra, que en la ostentosa púrpura de un régio manto! Ven Fulberto, ven conmigo, y me servirás de guia. Ahora más que nunca, renace en mi corazon una esperanza!

FUL. Arnoldo! No es culpa mia, si el sacrificio no llevo á cabo de mi dicha ó de mi vida, por la grandeza y el porvenir de mi esposa y de mis hijos. Oh Inés mia! mientras que tú me ames, siempre á tu lado estaré; adios. (*Abrazándola.*)

INES. Me dejas?

FUL. Por poco tiempo..... Adios.

INES. No me abandonarás? (*Con cariño.*)

FUL. (*La abraza y sale con Arnoldo.*) Antes el furor del cielo caiga sobre mí, que otra vez esa idea cruce por mi mente.

## ESCENA III.

INÈS sola.

¡Qué es lo que he oido! Othon mi padre acampa aquí sobre esta altura! Tan cerca de nosotros! Fatalidad! Tener siempre que temblar por él, cuando mi corazon quisiera poder precipitarse sobre el suyo! Oh padre! miéntras tú la vida expones en tan gran peligro para libertar á nuestras tierras de las salvajes ordas, tú ignoras que á la par expones la de la hija, que acaso un dia, has maldecido! Si le viese, ay de mí, aparecer airado en aquel umbral! Por mis hijos, por Fulberto, no por mí, yo temblaria! ¡Si ya rendido por la larga ausencia, más benigno, quisiera perdonar y permitir que á su lado yo viviera con mi esposo y con mis hijos? Fluctua mi pensamiento entre una terrible lucha de temores y esperanzas. Si muerta me crée..... Si cambiando mi semblante por tanto sufrimiento, pudiese verle sin ser por él reconocida! ¿Qué se ha hecho el valor de mi altiva sangre? Tiemblo y siento doblarse mis rodillas. ¡Oh! si al cielo llegan las preces de una hija, sobre la cual pesa el paterno anatema, oh, Señor, yo os ruego por la vida de mi padre, y por el triunfo de sus nobles armas. (*Se oye un rumor confuso de voces.*) Qué rumor!

## ESCENA IV.

INÉS y BALDO que entra precipitadamente.

INES. Baldo, qué sucede?
BAL. Dónde está mi señor?
INES. Lo ignoro: ha salido con Arnoldo! Dios mio! en tu rostro llevas el espanto impreso.
BAL. Pronto poneos en salvo con vuestros hijos. En pos mio, llega.....
INES. Quién, habla?
BAL. No perdamos un momento. ¿Y vuestros hijos?
INES. (*Señala á la derecha.*) Allí están con la vieja Catalina.
BAL Llamadlos al momento.
INÉS. Pero, en nombre de Dios, me dirás quién llega? (*Desesperada.*)
BAL. Herido por los Sarracenos, vuestro padre el emperador Othon.
INÉS. ¡Ah!
BAL. Le han indicado esta casa como la más apropósito para atender á su pronta cura. Huid, señora.
INÉS. Huir cuando él llega, y herido, al hospitalario techo en que su hija habita..... Si cuando estaba sentado en su esplendente trono y de ira rebosando contra mí, era preciso huir, hoy que la suerte se le ha mostrado adversa, no debo abandonarle. Aquí me quedo. (*Con resolucion firme.*)
BAL. Qué decís señora? (*Suplicante.*)
INÉS. Mis hijos bajo el amparo de Dios estarán seguros, si al sentirme madre, yo puedo aun recordar que soy hija en este dia: retírate. (*Vase Baldo á una seña de Inés.*)

## ESCENA V.

INÉS sola.

Dios de bondad! Haz que sus miradas no se encuentren con las mias. Pon sobre mi rostro un velo, una imágen distinta ó las precoces señales de la vejez, para que no me reconozca. Debe la hija reconquistar el inmaculado nombre, á la esposa, á la madre!

## ESCENA VI.

INÉS, OTHON, ILDOBALDO, Capitanes, Caballeros del séquito d e Emperador, y dos escuderos.—Othón entra apoyado en Ildobaldo y en un escudero: otro lleva la coraza y el casco.

OTHON. Un breve instante aquí quiero descansar. La herida aunque leve, me fatiga. Busca á Arnoldo y que al momento venga. (*Al escudero despues que le han dejado en el sillon.*) Buena mujer (*á Inés.*) esta cabaña alberga al emperador Othon.

INÉS. No es digna, señor, de tan alta persona mi pobre choza; pero dignaos aceptar la voluntad del corazon, pues de todo cuanto en ella hay, sois su verdadero dueño. (*Arrodillada.*)

OTHON. Levanta..... me han dicho que esta tu casa está siempre abierta para cualquiera á quien abate la desgracia ó el infortunio.

INÉS. Así Dios lo manda. (¡Cuán pálido está! cuán demudado!) (*Enjugándose las lágrimas.*)

OTHON. Lloras?

INÉS. Me aflije el veros sufrir.

OTHON. Vosotros los del pueblo, decís: Quién va al molino está expuesto á traer blanca la cara y el vestido; y nosotros hombres de armas, decimos..... Quien va á la guerra, está expuesto á dejar la vida en la batalla, ó á sacar una muestra en el pellejo. Cada profesion, tiene sus tropiezos.

INÉS. (Siempre su indomable valor! ¡Y no poder decirle!.....)

OTHON. Buena mujer: tú tendrás, aun cuando pobre seas, una cama donde yo pueda descansar?

INÉS. Si señor, y que os pondré en ella las más finas y blancas sábanas qne tenga. Voy al momento á disponerla. (Estalla ya, corazon mio!) (*Al llegar á la puerta izquierda por la que sale.*)

## ESCENA VII.

OTHON, ILDOBALDO.

OTHON. En el instante mismo que los clarines daban al aire los ecos de victoria en las alturas de Cicola y

Carzina, vino un dardo á herirme!. ... ¡Oh rabia! y aunque es pequeña la herida, parece que se inflama segun el mal estar que en ella siento..... ¡Y fué, vive Dios, ruda la pelea! (*A Ildobaldo.*) ¿Víste cuanto aprovechó el doblar el ala derecha á lo largo de las vertientes del Tanaro? En pocos instantes la altura se coronó, y cojiendo por la espalda al enemigo, aun cuando fiero en la lucha solo cedia palmo á palmo su terreno, finalmente envuelto, declaróse en vergonzosa fuga.

ILD. El renombre de grande os dá la fama, y sois al par el génio de la guerra. Cuando sobre el campo de batalla vuestra mirada de águila brillante centellea, cada cual de vuestros guerreros siente más ancho dilatarse el pecho debajo de su coraza, porque sin duda alguna, la victoria es cierta. La guerra vuestro indomable valor exalta, y despreciando el peligro, en donde mayor es el riesgo, allí se os halla. Hoy esa herida lo atestigua.

OTHON. Yo rey, debo dar el ejemplo de valor á mis soldados.

ESCUD. Señor, Arnoldo. (*Anunciando.*)

## ESCENA VIII.

Los mismos, ARNOLDO.

ARN. ¡Ausente, señor, de vuestro lado, en un dia de batalla y por culpa vuestra! Ahora lo deploro, porque á estar yo, hubiera enfrenado vuestro ímpetu, asáz fogoso por desgracia. ¿Y es grave la herida?

OTHON. Casi nada.

ARN. Pero no me dijísteis, señor, «Antes del medio dia no atacaré al enemigo, puedes retirarte?»

OTHON. En vano es ahora el reprenderme; bajo la tienda es consejera la calma, en el campo de batalla domina la impaciencia..... Es de un dardo la herida, pero leve; tu experta mano y tu ciencia encontrarán el medio de que en breve quede bien cerrada.

## ESCENA IX.

INÉS y los mismos.

INÉS. (*Con alegria al ver á Arnoldo.*) Señor, ya está dispuesta la humilde cama; perdonad si no es digna de vuestra real persona!

Othon. Vamos, apóyame en tu brazo. (*Se apoya en Arnoldo y el escudero seguido de Ildobaldo.* No creí que tan dolorosa fuera una herida hecha por aquel pequeño dardo..... paciencia. Vamos al lecho á ver si puedo descansar. (*Despide haciendo una señal con la mano á los caballeros y séquito, y se dirige á la izquierda seguido de Arnoldo, Ildobaldo y un escudero, al pasar por delante de Inés la dice.*) Gracias buena mujer.

Arn. (¡Valor Señora!) (*Bajo á Inés.*)

## ESCENA X.

INÉS sola.

¡Cuánta necesidad tengo, Dios mio! de dar libre curso á mi reprimido llanto! No me ha conocido! Que inexplicable lucha á su presencia mi corazon ha combatido! Terrible situacion! ¡Cuán demacrado está! Cuánto por mi culpa habrá sufrido! ¡Ah! si pudiera una vez entre mis brazos estrecharle, y en su seno reclinada, decirle, padre mio! ó al menos sentarme á los piés del lecho y velar su intranquilo y doloroso sueño; contemplar de cerca su rostro, y posar un beso sobre la arrugada frente del noble anciano, del padre mio! privado de mis caricias ha tanto tiempo! Y Fulberto, cuánto tarda!

## ESCENA XI.

INES é ILDOBALDO, que sale del cuarto en donde entró OTHON.

Ild. Ola, buena mujer! (*Con tono imperativo*). Otra cama para mí.

Ines. Tambien estais herido?

Ild. No á fé, pero sí rendido de fatiga.

Ines. Mucho me duele, el no poder serviros, porque solo tengo una cama, y harto siento que vuestro señor no pueda estar en ella, cual su grandeza y estado se merecen, pero mi pobreza más no permite.

Ild. No creo que sea un gran trabajo el poder arreglarme un lecho..... Yo veré si en aquella estancia encuentro..... (*Dirigiéndose á la derecha.*)

INES. ¡Oh, señor, allí están mis hijos.

ILD. Sácalos á fuera. (*Bruscamente.*)

INES. Al Emperador dí cuanto tenia; mi estancia, mis mejores sábanas, mi lecho, y tal es así, que esta noche mi esposo y yo descansaremos en el suelo.... pero el cuarto de mis hijos es sagrado.

ILD. Esta es, si tú lo ignoras, la ley de guerra.

INES. Dura ley, injusta! (*Ildobaldo sin responderle se dirije á la habitacion de la derecha, corre y se coloca delante de la puerta interponiéndose.*) Oh! nó, no traspasareis este dintel; si honor y cortesía son todavía del Caballero el *lema.*

ILD. Quita, aparta. (*Cogiéndola de un brazo para separarla, con fuerza.*)

INES. ¡Ay! (*Grito de dolor.*)

## ESCENA XII.

Los mismos FULBERTO por el fondo, á poco OTHON.

FUL. Miserable! (*Fulberto entra por el fondo. Viendo al entrar el acto violento de Ildobaldo, dá un grito de furor, y hecha mano del hacha que está colgada á su izquierda.*) Cortada caerá esa mano villana, que osó tocar á mi esposa.

ILD. Atrás. (*Desnudando el acero.*)

INES. Ah! nó, Fulberto! (*Arrojándose en los brazos de Fulberto y conteniéndole.*)

OTHON. A tierra esa hacha, al punto... La espada á tierra. (*Saliendo de repente y con voz de trueno seguido de Arnoldo.*)

FUL. (Othon!)

ILD. No puedo sufrir que un villano levante el hacha contra mi noble pecho.

FUL. Ni yo jamás toleraria, aun cuando fuese la más noble mano, aun cuando fuese la que empuña el cetro, que de una manera tan violenta y tan infame sobre mi esposa se pusiera; quién así obra, la ley de los cobardes sigue, no la prez ni el honor del caballero!

OTHON. El hacha á tierra he dicho..... (*Fulberto la deja caer.*) La espada á tierra. (*Ildobaldo lo ejecuta.*) El caballero que á una mujer ofende, no importa de que clase aquella fuere, completa un acto des-

cortés.—El caballero que de su señor la franca hospitalidad ultraja, ejerce un acto desleal!

Ild. Señor! (*Ofendido*).

Othon. Desleal! (*Con fuerza.*) Conde Ildobaldo! En más de un combate dísteis pruebas de valor. Pues os impongo el más duro castigo para un guerrero (*En tono de quien pronuncia un gran castigo.*) Permanecereis prisionero en la tienda, en la primer batalla.

Ild. Oh! tan cruel castigo! Señor. (*Herido profundamente.*)

Othon. Basta.

Ines. Oh, Señor, gracias. (*Cayendo de rodillas*).

Othon. Despejad.

Ful. (Agradeced al cielo, que tan á tiempo vino!) (*Bajo á Ildobaldo*). Cuadro.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

**La misma decoracion de los actos anteriores.**

## ESCENA PRIMERA.

CATALINA é INÉS.

Catalina colocada delante del sillon de cuero en que estuvo sentado el Rey.— Es de noche; una tea encendida y colocada en la pared ilumina la escena.

CAT. Quién le hubiera dicho al maestro Jorge cuando fabricó esta silla, que habia de llegar un dia en que reposara en ella, nada menos que el gran emperador de la Germania..... Esta es una honra, pobre Jorge, que solo puedes gozar bajo la losa. Estoy segura que si pudiera resucitar, del esceso de alegría volvia á morirse. ¡¡ Es mucha honra !! Y vos, Inés, tambien debiais estar ufana al tener en vuestra casa á tan augusto huésped; y no sé porqué, se me figura que no mostrais mucha satisfaccion por el grande honor que os hace: si supierais cuántos os envidian!

INÉS. Es que estoy aflijida porque él sufre; y medito al mismo tiempo que es nécio el orgullo, porque nobles y plebeyos, débiles y fuertes, vasallos y reyes, están sujetos á un mismo nivel sobre la tierra, todos se humillan ante dos poderes más superiores, el *dolor*: la *muerte*.

CAT. Será como decís; pero yo veo que la muerte teme, ó respeta, más á los reyes que á los vasallos: mirad la prueba. Aquí en los pueblos, de los nuestros se

lleva *uno* cada seis dias por lo menos, y de ellos, en el mundo entero, ni siquiera *uno* cada seis años: y esto no falla.

INES. En la aldea, nosotros en número, somos cien veces más que ellos en todo el mundo. Si todo el mundo fuera un pueblo de reyes, moririan, creedme, cada seis dias, más que de nosotros en seis años en el pueblo.

CAT. Bien... no diré que no... pero...

INES. Y ahora ya mas no hablemos de la muerte. Es una conversacion que alegra poco.

CAT. En efecto, poco alegra, y sobre todo á mí que ando muy cerca ya de que me eche la guadaña... Pues volviendo al Emperador, ¿sabeis que tiene el aspecto de un buen hombre? Esta mañana estaban reunidos en esta estancia vuestros dos hijos; saltaban al rededor mio, gritaban, y era tal la algazara, que me ví precisada á enseñarles un puñado de nueces, y decirles: son para vosotros; pero hay que callar, y guardar mucho silencio... «Allí hay un rey que duerme;» pero nada, predicar en desierto! que si quieres. En cuanto fueron dueños de las nueces, la algazara empezó de nuevo, entonces recurrí á la antigua droga, *el miedo;* y poniendo la cara séria y cejijunta, les dije: — Allí hay un gran perro mastin que si sale acá afuera á los dos os traga de un bocado! A ver pues si guardais silencio! y en el mismo instante vuelvo la cara para no reirme al ver sus gestos. . y... ay! Santa Ana! adivinad quien estaba á mis espaldas?.. El mismo Emperador en cuerpo y alma.

INES. Será posible!

CAT. Si ha oido lo del perro, me dije, estoy perdida! y al verle delante de mí, más pálido que un cadáver, yo me puse como una amapola de encarnada... Me miró... despues se fijó en los chicos... sonrióse... llamó cerca de sí á Enrique, y con mucho cariño, y golpeándole con el dedo en el carrillo, le preguntó: ¿Cómo te llamas? ¡hijo de mi alma! ¡Si le hubierais visto con que desembarazo, con qué franqueza le contestó: «Me llamo Enrique. Y tú, ¿cómo te llamas, le replicó el chico.-Othon, emperador.-¿Conque eres nuestro rey? le dice. — Dime, ¿es verdad

que van los reyes á la guerra? Cuando yo sea grande como mi padre, tambien quiero ir á la guerra y quiero ser rey como tú... Yo del placer y del temor estaba, que no tenia en mi cuerpo miembro alguno que se estuviera quieto. Pero el Emperador, lo creeríais? ni siquiera dió muestra de ofendido: cojióle, así, con la mano la barbilla y le dijo: « Haz que cuando cumplas quince años, tu padre ante mi te traiga... veremos si eres de buena pasta para fundir guerreros. — Faltó bien poco para que yo metiendo mi cucharada no lo echase todo á perder, pero me mordí la lengua, que iba ya asomando, y... hasta ganas me entraron de abrazar al viejo.

INES. El emperador! *(viéndole venir por la izquierda.)*

CAT. Otra vez! Si me habrá oido!

## ESCENA II.

Las mismas. OTHON Y ARNOLDO.
Othon camina con dificultad y se sienta á poco.

OTHON. ¿Os vais cuando yo llego? porqué? *(A las dos mujeres que se disponian á salir después de haberle saludado.)*
Sé que la pasada noche *(á Inés)* has estado velando en esta *(movimiento de Inés)* estancia; Arnoldo me le ha dicho: y sé tambien que con el pié descalzo varias veces á mi cama te llegaste para preguntar si mi sueño era tranquilo, y si mostraba sentir dolores en la reciente herida.

INES. Si á tanto osé, señor, la culpa tuvo el corazon y la ignorancia: perdonadme

OTHON. Al contrario, agradezco tu interés, y por él te doy las gracias. Pero si no me engaño estabais disponiéndoos al trabajo... proseguid, cual de costumbre, vuestras faenas como si estuvierais solas. He visto aquí esta mañana á dos hermosos niños: ¿eran vuestros? *(á Inés.)*

INES. Sí, señor, tengo tres; pero el tercero aun no ha cumplido el año.

OTHON. Me gusta el franco aspecto, el ademan altivo de aquel que me dijo que se llamaba Enrique! ¡Y dice que delira por la guerra el rapazuelo: hay en su ros-

tro, en su mirada, una no vulgar (*á Arnoldo*) fisonomía. Y en verdad no hay por qué extrañarlo: cuando sobre estas rocas se arraigan las duras encinas y los gigantes pinos, por qué no pueden brotar tambien temples robustos de valor é ingenio? Tomaré á mi cargo (*á Inés*) el porvenir de tu primer hijo.

INES. Oh, señor! Dios os conceda en los herederos del trono, cuanta felicidad hay sobre la tierra, y que os igualen asi en la gloria, como en la bondad.

OTHON. Gracias, el augurio acepto.

INES. Y ojalá sea el honor de las esposas y las madres vuestra hija, si acaso una hija teneis.

OTHON. No tengo hija! (*Profundo efecto y se queda taciturno.*)

INES. ¡Cuál se ofusca su semblante!

ARN. Id, buena mujer, proseguid vuestro habitual trabajo. (*Hace á Inés una seña de inteligencia, la que se retira al fondo con Catalina.*)

CAT. En verdad que es cosa muy extraña, un rey que como nosotras habla ¿Os ha dicho que á Enrique... (*todo bajo á Inés*) habeis oido?..

INES. Sí... (*Distraida.*)

CAT. Cuando sea mayor se lo llevará consigo?

INES. Sí..... (*Indica á Catalina que la deje sola y Catalina sale por la derecha.*)

ARN. Estais taciturno, señor.

OTHON. Es verdad, no te lo oculto. La llaga que cicatrizada ya creia, se ha vuelto á abrir..... y brota sangre. Oh Arnoldo! Nunca estuvo tan presente en mi pensamiento la hija, como desde el infausto dia en que la lloré perdida. Yo siento en mí que aquella índole varonil que ántes tenia, y que era ya cual duro hierro hoy se ha trocado en tan femenil, que en mi débil condicion de padre, á cada instante solo al recordarla, no puedo comprimir el llanto..... Esta misma mañana aqui he sonreido con unos cariñosos niños; pues bien, apénas se alejaron y solo me quedé, no sé como, los ojos, de improviso de lágrimas se llenaron.

INES. (¡Oh suplicio que á ningun otro iguala! Amor de hija me empuja hácia sus brazos, amor de esposa me contiene, me separa: y en tanto mi pobre corazon entre dos santos amores gime dividido!)

OTHON. Hace poco la voz de aquella mujer. no se porqué, me conmovió de tal manera todas las fibras.....Hay en el sonido de aquella voz..... un eco..... extraño..... que no puedo explicar! Ira del cielo! ¡Y no haber podido que la sangre de Alerano, calmase el ódio y la congoja que rebosan en mi pecho compri- midos! (*Inés al oir las palabras de Othon se retira.*)

ARN. Paz, perdon, señor para los que ya no existen!

OTHON. Bien..... si.....Arnoldo. (*A las palabras de Arnoldo Othon hace un esfuerzo sobre si y procura calmarse y resignarse.*)

## ESCENA III.

Los mismos é ILDOBALDO.

ILD. Señor! (*Entra azorado*)

OTHON. Ildobaldo! Qué me quieres?

ILD. Oh mi rey y señor, Dios sabe con cuanto más placer hubiera preferido la muerte á manos del Sarraceno infiel, que verme obligado á ser mensajero de una grave y triste desventura.

OTHON. Habla.

ILD. Incautos fuimos al creer domado al salvaje Sarraceno en la fiera lucha, por nuestra parte generosa.

OTHON. Prosigue.

ILD. Cerca de esta casa y á dos tiros de ballesta lo más, el enemigo acampa.

OTHON. Traidores! (*Con fiereza.*) Y cómo sin resistencia!

ILD. Escuchadme señor. Sobre las alturas de Cicola y Carzina, alumbradas por espesas fogatas, duermen seguras bajo sus tiendas vuestras huestes; en vano velan los escuchas y vigila el centinela. Superó el engaño al más sagaz presentimiento, á toda precaucion. En el fondo de las rocas. que de Piettra Ardena se nombran, se abre, á las orillas del rio, una escondida cueva, de boca angosta, de paso peligroso y difícil, que comunica subterránea con la espesura del bosque. Los sarracenos, uno por uno, así lo cuenta el espía que ha caido prisionero, á favor de la oscuridad y arrastrándose cual culebras por el suelo, pasaron el terrible precipicio, y á lo largo del rio avanzando en silencio y procurando no ser

vistos, por todos lados tenian cercados los pasos, y cortadas las salidas de Cicola y Carzina.

OTHON. Y es esto cierto?

ILD. Pluguiera al cielo que mi labio mintiese en este instante. Antes de la mañana coronarán esta cumbre: pocos aquí estamos para vuestra custodia; y mientras la flor de nuestro ejército en el sueño descansando está, segura de que tiene al frente al enemigo, el Sarraceno le atacará por la espalda.

OTHON. Pronto, Arnoldo, tú, antiguo (*levantándose*) campeon de guerra, trepa á una altura, estudia el peligro y vé que medio nos queda de salvacion.

## ESCENA IV.

Los mismos, INÉS, ESCUDERO y FULBERTO que se queda casi oculto en el fondo entre algunos guerreros y ballesteros.

ESC. ¡Oh! Señor, ninguno. Estamos ya cercados. (*Entrando precipitadamente*)

OTHON. Empuñando el formidable acero, si cobardes no sois, aun cuando pocos, paso abriremos á Cicola y Carzina, ó buscaremos con denuedo y corazon valiente, la honrosa muerte en el campo de batalla! Las armas del rey! (*Con voz terrible*).

ARN. Mas pensad, señor.....

OTHON. Nada. El rey soy yo. Las armas pronto..... (*Va á mover el paso para vestir las armas, pero un improviso dolor causado por la herida le detiene y vacila á punto de caer sino acudieran Arnoldo é Ildobaldo. Un escudero toma la coraza para ponérsela al rey.*) ¡Oh rabia! apenas puedo mover el pié del suelo, por el dolor de aquesta herida! (*Desesperado.*)

ARN. Todos el valor tienen de morir á vuestro lado. Ninguno, señor, os dejará solo ó inerme en poder del fiero Sarraceno!

TODOS. Nó.. .. nó.....

(*Inés trata de ocultarse ante aquella escena de terror: se dirije al fondo y repara en Fulberto, que está allí con la cabeza inclinada sobre el pecho; al verle dá un grito de inspiracion.*)

INES. (Ah! Fulberto aquí! Ah! ¡Dios me inspira!) (*Grito*

*de inspiracion*) Escuchadme Rey. Yo sola conozco un medio, acaso el único de salvacion.

OTHON. Déjanos, buena mujer, aparta.

ARN. No fuera, señor, el primer ejemplo que del consejo de una mujer hubiera salido la salvacion de un príncipe y de un reino.

OTHON. Habla, pero pronto.

INES. En aquella pared (*Como inspirada*) que mi mano señala, envuelto en negro paño, pende un antiguo y robinado acero. Es la espada más fuerte, más fiera, más temida, y que nunca otra igual más victoriosa brilló al sol en los dias de batalla. La potente mano que solia un tiempo empuñarla, se halla hoy inhabilitada, inerte, porque la rechazó la injusticia de un monarca.

OTHON. Ese acento! (*Sin darse cuenta de lo que le pasa.*)

INES. Mas ya el rey la injusticia ha reparado. Vuelva á tu brazo (*Dirigiéndose á Fulberto.*) el indomable vigor que un tiempo tuvo; empuñe aquella fuerte guarnicion la mano que empuñó por algun tiempo la tosca hacha; este peligro inminente, estremo, es empresa digna de tu esforzado aliento! ¿Acaso le has perdido? ¿Vacilas? Sacude de la inercia el yugo! Oh! Te despiertas? Sí? (*Fulberto sacude su abatimiento, su figura se eleva cual gigante, su mirada centellea, es una figura majestuosa y fiera.*) Resonad ahora, trompas guerreras, vuestros ecos de batalla! ¡Esposo, sálvame el padre! (*Dando un grito arrancado del alma lleno de inspiracion.*)

OTHON. Qué dice? delira. (*Aterrado.*)

FUL. Nó, no delira. Venciste, Inés. A la vista del peligro jamás mi nombre se miró encubierto. (*Corre al fondo y descuelga la espada, le arranca el velo que la cubre y baja con ella lleno de entusiasmo.* Esta es la temida espada de Alerano!

OTHON. Ah! (*Echando mano al puñal para herirle.*

INES. Padre! (*Interponiéndose arrodillada y presentando el pecho á su padre: Othon al ver esta actitud deja caer el puñal.*) matadme á mi primero.

FUL. No temo, oh rey, la muerte.... Ahora ni de perdon ni de venganza es tiempo. Dadme un casco y un escudo; y conmigo venga Arnoldo y tus guerreros.

Othon, así que haya transcurrido una hora, caerán las huestes que hay en Cicola y Carzina sobre el enemigo. Las sombras de la noche aun son muy densas, y por las peñas, no hay paso por cuanto difícil sea, que no conozca. Othon, yo juro en nombre de Adelassia y de mis hijos, que si no rueda mi cabeza al rudo golpe del alfanje sarraceno, después de la victoria, te la traeré, inerme, á tu presencia.

OTHON. Hola! escuderos. Un yelmo á Alerano..... y el escudero del rey. (*Un escudero le dá un casco y el escudo del rey.*)

FULB. Rayo de la guerra seré con él... Sueños de gloria, alzaos! Esta es la victoriosa espada que á Rutti venció en el *Juicio de Dios* en campo abierto, combatiendo por el puro honor de vuestra hija. Esta, con la ayuda de Dios, salvará al padre. Por mis hijos, ante él lo juro. Seguidme. Vamos. (*Apenas han salido Alerano y Arnoldo, Othon mira á su hija, y con mirada digna indica á Ildobaldo y escuderos que han quedado, que se retiren. Adelassia cae á los piés de su padre arrodillada.*

## ESCENA V.

### OTHON é INÉS.

OTHON. Adelassia! (*Despues de un momento de silencio.*)

INES. Postrada en el suelo, por él, por mí, por mis inocentes hijos, una palabra de perdon espera tu desdichada hija.

OTHON. Oh, hija mia! no puedo más. (*Abriendo los brazos á su hija: Inés se precipita en ellos.*)

INES Padre de mi corazon, padre mio! (*pausa.*)

OTHON. Indigna fueras de mi perdon si quisiera medir el largo y terrible sufrimiento que tu abandono á mi corazon le cuesta, y sin embargo él te perdona.

INES. Oh! gracias, Dios de infinita bondad, gracias! ! Al fin te encontré libertad del llanto! (*prorrumpiendo en llanto*) Cuando herido y demudado el semblante por el dolor, os vi aparecer en el dintel de aquella puerta, no pude, ya lo visteis, refrenar, mi comprimido llanto. Oh! cuánto duró aquel ter-

rible sacrificio! Las lágrimas engrosaban por la cavidad de mis pupilas, y por el terror truncadas no atreviendo á asomarse, volvian de nuevo adentro, y gota á gota sobre mi corazon se derramaban.

OTHON. Ay de mí! Y cuál te veo! Tú vestida con ese tosco traje; tú nacida para el fausto y el esplendor; tú educada para el dulce ócio y el cortejo, y para ser de pajes y doncellas bien servida, tú reducida á tan pobre estado, y solitaria en medio de estos montes, condenada á vivir de tu trabajo, y en una humilde cabaña guarecida! Conozco ahora que fuí muy cruel contigo! ¡Cuántos trabajos por mi causa has padecido, y cuántos goces tu juventud lleva perdidos!

INES. ¡Y cuántos he encontrado que vos no conoceis! Tengo un tesoro!

OTHON. Tú....!

INES. Que mayor tesoro que mis queridos hijos!!... Cuánta riqueza he conocido que en medio de ese fausto de la córte, hubiera sido para mí ignorada! ¿Quién no es feliz al vivir en la pobre cabaña, en medio de unas gentes modelo de virtud y sencillez, que comen dichosos el poco pan que con el sudor de su trabajo ganan, y tendidos en el duro suelo, calman su sueño más tranquilo que el de un rey en su dorado lecho! En el hogar doméstico, he aprendido una por una, las modestas virtudes de la tierra. Del dulce aspecto de mi santa madre revestida, velando las cunas de mis hijos, en las largas y afanosas noches del crudo invierno, aprendí que las maternales alegrías y dolores, son más abundantes y expansivos que en los palacios, en las pobres chozas. Oh! ¡no me digais lo que he perdido, preguntadme, padre lo que en siete años he ganado!

OTHON. Oh! hija de mi corazon!

INES. Padre de mi alma! Dios me ha oido! Después de tantas lágrimas, aun habrá dicha para vos, para nosotros, para nuestros hijos!

OTHON. Oh! Quién sabe, hija mia, quién sabe!....

INES. Dudáislo acaso?

OTHON. Sí, porque esta es demasiada dicha para poder gozarla!.... Mira, sinó en qué punto, en qué instante vuelvo amoroso á poder estrecharte entre

mis brazos. Cuando por sorpresa acaba el salvaje Sarraceno de cercarme, y en la hora en que herido é indefenso, tal vez precede á la de mi desesperacion y mi ruina.

INES. Oh! no, padre mio! Esto fuera dudar de la divina providencia. (*Llegándose á la ventana de la derecha.*) Oh! mirad! mirad!.... ya el combate ha comenzado! Veis aquella densa nube de rojizo polvo en revuelto torbellino, y en cuyo centro el formidable acero centellea? Pues es la que trae en su seno la tormenta que á su terrible ímpetu ha de arrollar las hordas enemigas, y alzar triunfante á vuestro invicto ejército.

OTHON. ¿Y si fuese lo contrario?

INES. Imposible, padre mio!

OTHON. ¿Y si tal sucediese?

## ESCENA VI.

Los mismos, ARNOLDO é ILDOBALDO.

ARN. Ah! señor! (*Azorado.*)

OTHON. Qué ocurre, Arnoldo?

INES. Cielos! vencido acaso mi esposo!....

ARN. No.....

INES. Muerto Alerano!

ARN. No, no lo quiera el cielo!

INES. Decid entónces.....

OTHON. Habla.

ARN. Esperad..... me falta el aliento..... he subido tan aprisa la pendiente.....

OTHON. Oh! acaba. (*Impaciente.*)

ARN. Alerano es quién me envia. Apénas de aquí salió, al llano descendimos; reunió cuantos soldados pudo..... mas en la situacion extrema, no hay plan posible, y un supremo esfuerzo únicamente, señor, puede salvarnos. La prudencia del guerrero, el sábio discernir, de nada en estos momentos sirven, tan solo la audacia. Así lo he visto yo, así lo ha visto Alerano.

INES. Y qué? (*Con ansiedad.*)

OTHON. Concluye.

ARN. Vé y dile al Emperador, me ha dicho, que yo al frente de sus soldados voy á lanzarme á la pelea cual desbordado torrente que impetuoso arrolla cuanto á su paso en él encuentra. Si un dardo en mi pecho no se clava, si una férrea maza no destroza mi cabeza, si Dios, en fin, me libra de la muerte, yo la victoria le prometo. Mas como él unicamente nuestro destino sabe, dile al Emperador que si la suerte contraria nos fuere, ó tardara en decidirse, es imprudente aqui permanecer, que se oculte: mi esposa conoce en una cueva, que junto á la cabaña existe, un escondrijo en donde no es posible que por hoy le encuentren si acaso la casa asaltan... y que mañana...

OTHON. ¡Arnoldo! (*con ira mal comprimida.*)

INES. ¡Mi esposo, eso ha dicho! (*sin podérselo explicar.*)

OTHON. ¡Vive el cielo, que tú, y nadie más que tú, podria atreverse á inferirme, impune, tamaño insulto!

INES. Oh! Alcrano estaba loco, cuando con tal comision os ha mandado! ¡huir mi padre!

OTHON. Oh! bien, hija mia! no desmientes nuestra noble raza! (*con noble orgullo.*)

INES. Arnoldo... decidle á mi esposo... (*con entereza.*)

OTHON. Sí, habla, que el corazon me dice, que ha de ser tu respuesta la que yo daria.

INES. Decid á Alerano, que Othon, el grande emperador de Germania y de Italia, jamás ante el peligro se ocultó, y que si por azar, el sarraceno vence, aun herido é indefenso, aquí sin temor le aguardará, para morir lidiando, como cumple á un rey y á un caballero; y que la hija cual fiera leona embravecida, luchará haciendo con su pecho escudo de la vida de su padre, y sucumbiendo á su lado, si es preciso, abrazado á su cadáver y rodeada de sus amantes hijos.

OTHON. ¡Ah! sí! eres mi hija! (*estrechándola con efusion.*)

INES. Partid, Arnoldo, llevadle mi respuesta, ella redoblará su brio; que combata. Combatid todos, mientras yo al cielo pido que la victoria corone tanto esfuerzo!

OTHON. Parte, Arnoldo.

INES. Volad, amigo.

ARN. Oh... Confiad, señor, ¡Quien á su lado tiene una esforzada mujer, cual vuestra hija; lleva en sus armas segura la victoria! adios señor.

INES. El Dios de los ejércitos os guie. (*vase Arnoldo. Ildovaldo que estaba en el fondo oyendo la anterior escena, baja y se postra á los piés de la princesa.*)

ILD. A vuestros piés, ilustre princesa, yo me postro: Perdon, señora, si insensato, os ultrajé sin conoceros, ofendiendo al par á la mujer y á la hija de mi rey. Oh, princesa, decid á vuestro padre que en este supremo instante en que acabo de ver tanta resolucion, valor tan grande, no consienta que tan solo yo, jóven, robusto y con potente brazo, permanezca inerte en la pelea, y que mi espada, esté con vergüenza mia, ociosa dentro de su vaina! Oh! señora, pedidle que mi prision levante!.. (*Inés después de haber mirado á su padre como para obtener el consentimienlo, dice á Alerano.*)

INES. Estais libre, podeis marchar á la pelea.

ILDO. Escudo seré con mi cuerpo, si es preciso, ante el pecho de Alerano. (*levantándose lleno de alegría*) Gracias señora. (*Mientras se dispone á salir se oyen sonidos de trompas guerreras.*) Ah! tal vez sea ya tarde! Esos sonidos... oís?

OTHON. De la victoria son la señal... Oh! sí! (*Se oyen repetidos toques y una marcha que se responden de distintas distancias. Othon fija su atencion y después exclama.*)

INES. Oh! padre! (*Abandonándose llena de alegria en los brazos de su padre.*)

## ESCENA VII.

Los mismos y CATALINA.

CAT. Que véo, Inés!.. vos!.. (*Atónita al verla en brazos del rey.*)

INES. Una hija en los brazos de su padre... (*Sonriendo.*)

CAT. La hija de un rey! (*Sin darse cuenta de lo que pasa*) quien lo diria!

INÉS. Si mi buena Catalina. (*Abrazándola.*)

CAT. Señora... (y me ha abrazado! ¡Es mucha honra!)

## ESCENA ÚLTIMA.

Los mismos y **ALERANO** con la espada desnuda, **ARNOLDO, BALDO,** caballeros, capitanes, trayendo trofeos de guerra.

ALER. Señor: al rudo é inesperado choque de nuestras armas, los feroces Sarracenos, deshechas sus huestes han sido derrotados y vencidos El caudaloso rio á sus espaldas les impidió la fuga, y los que en él la vida no han dejado, en poder nuestro prisioneros han caido. Ahora rey, y señor, humilde á vuestros piés pongo mi cabeza, disponed de ella. Estoy inerme. (*Tirando la espada á los piés del rey y arrodillándose.*)

OTON. Oid, todos... (*Despues de una gran pausa recorre majestuosamente su mirada sobre todos los presentes*) cuantos estais en mi presencia: Nos, Othon primero, de Germania y de Italia emperador; os presentamos en esta humilde mujer á nuestra hija, que Adelassia tiene por nombre. (*Todos la saludan bajando sus espadas.*) Reconocemos en este bravo adalid, de valor portento, á nuestro yerno é hijo Alerano: á quien Conde de Piettra Ardena le nombramos desde ahora. (*Todos le saludan.*) Y decretamos, primeramente para él y después para los descendientes de su ilustre estirpe, enfeudados los pueblos, los castillos y la ciudad, que contenidos están en aquel espacio que hay entre las riberas del Tanaro al Orba, y las orillas del mar Ligurio. El canciller de nuestro imperio extenderá el diploma de cuanto hemos decretado en este dia, y en él pondremos nuestro imperial sello, por nuestra propia mano.

INES. Gracias, padre mio.

FUL. Los bélicos clarines rasguen los espacios con sus ecos de victoria. En cuanto á mí, no puedo explicaros, señor, lo que aquí siento. Ah! mi vida es poco para poder pagaros lo que os debo: la fama de vuestra clemencia y de mi gratitud, por todo el mundo harán vuestro renombre eterno.

OTHON. A vuestro valor debo la victoria que he alcanzado! deber es de todo monarca justo, enaltecer las he-

róicas virtudes de los varones esforzados, que gloria y honor de su nacion han sido.

INES Ya el cielo dió fin á mis desdichas.

FUL. Y á tu constancia el merecido premio. Oh! sí; y bien sé cuanto á ella y á tus virtudes debo; tú tambien conoces, esposa mia, de mi ardiente y constante pasion la pura llama, llama que eterna vivirá por tí, lo juro, ya me llame el mundo el Conde Alerano, ó tú, bien mio, Fulberto el Halconero.

FIN DEL DRAMA.









# PUNTOS DE VENTA.

## MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Sres. Medina* y *Navarro*, calle del Arenal, y de *Durán*, Carrera de San Jerónimo.

## PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.